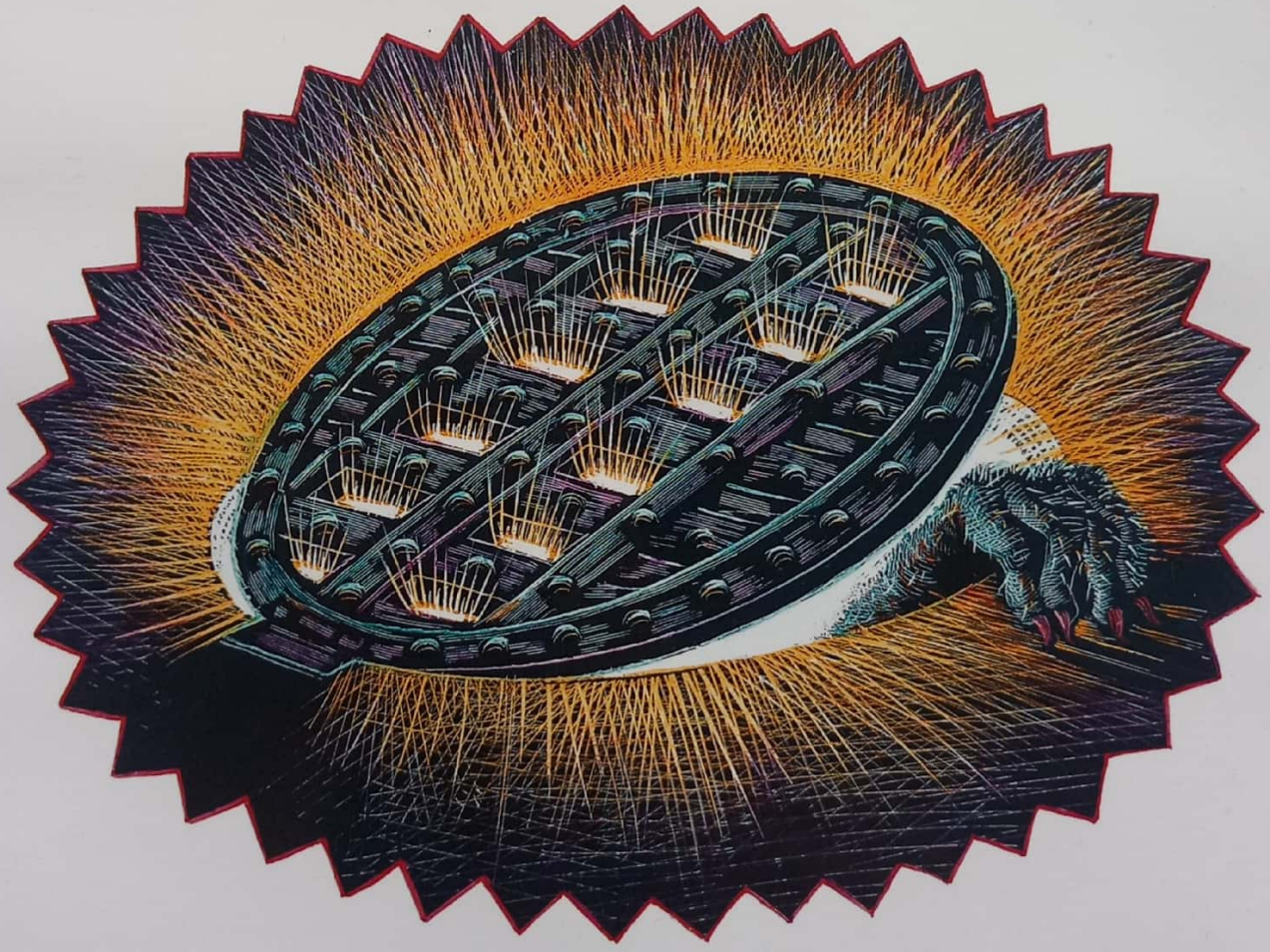
La caverna encantada

Texto: ENRIQUE SERNA
Ilustraciones: MAURICIO GÓMEZ MORÍN



Escaneado con CamScanner

La caverna

Escaneado con CamScanner

encantada

Texto: **ENRIQUE SERNA**
Ilustraciones: **MAURICIO GÓMEZ MORÍN**

Escaneado con CamScanner

D.R. © CIDCLI, S.C.

Av. México 145–601, Col. del Carmen

Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

www.cidcli.com.mx

D.R. © Enrique Serna (México)

Esta primera edición se coedita con la

Dirección General de Publicaciones

del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Primera edición, octubre, 1997

Primera reimpresión, octubre, 2001

ISBN: 968-494-080-7

ISBN: 970-18-0499-6 Consejo Nacional

para la Cultura y las Artes

Ilustraciones: Mauricio Gómez Morín (México)

Coordinación editorial: Rocío Miranda

Diseño gráfico: Rogelio Rangel

Reproducción fotográfica: Rafael Miranda

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Escaneado con CamScanner

ENRIQUE SERNA

Nació en la ciudad de México en 1959. Estudió letras hispánicas y es colaborador del periódico *Uno más Uno*. Ha publicado novelas, una biografía, ensayos y cuentos. Este es el primer cuento que escribe para niños y al respecto dice:

Cuando era niño me aficioné a la literatura porque veía leer a mi madre y me daba curiosidad saber por qué amaba tanto los libros. Empecé a leer a tu edad y desde entonces no he dejado de hacerlo. Me gustaban mucho las novelas en que los niños como yo eran protagonistas de grandes aventuras, pero también la ciencia ficción y las historias de terror. En la escuela nos enseñan que la lectura es una obligación, pero en realidad es un entretenimiento. Haz la prueba y verás que a veces es más divertido leer un libro que ver la tele. De tanto leer, un día me dieron ganas de inventar mis propias historias. Tomé la pluma y escribí mi primer cuento, La bóveda, *donde la acción transcurría en una caja de cerillos. Desde entonces no había vuelto a escribir un relato fantástico.* La caverna encantada *es mi primer cuento infantil, pero creo que también puede interesarle a un adulto. Ojalá te haga soñar y reflexionar.*

Escaneado con CamScanner

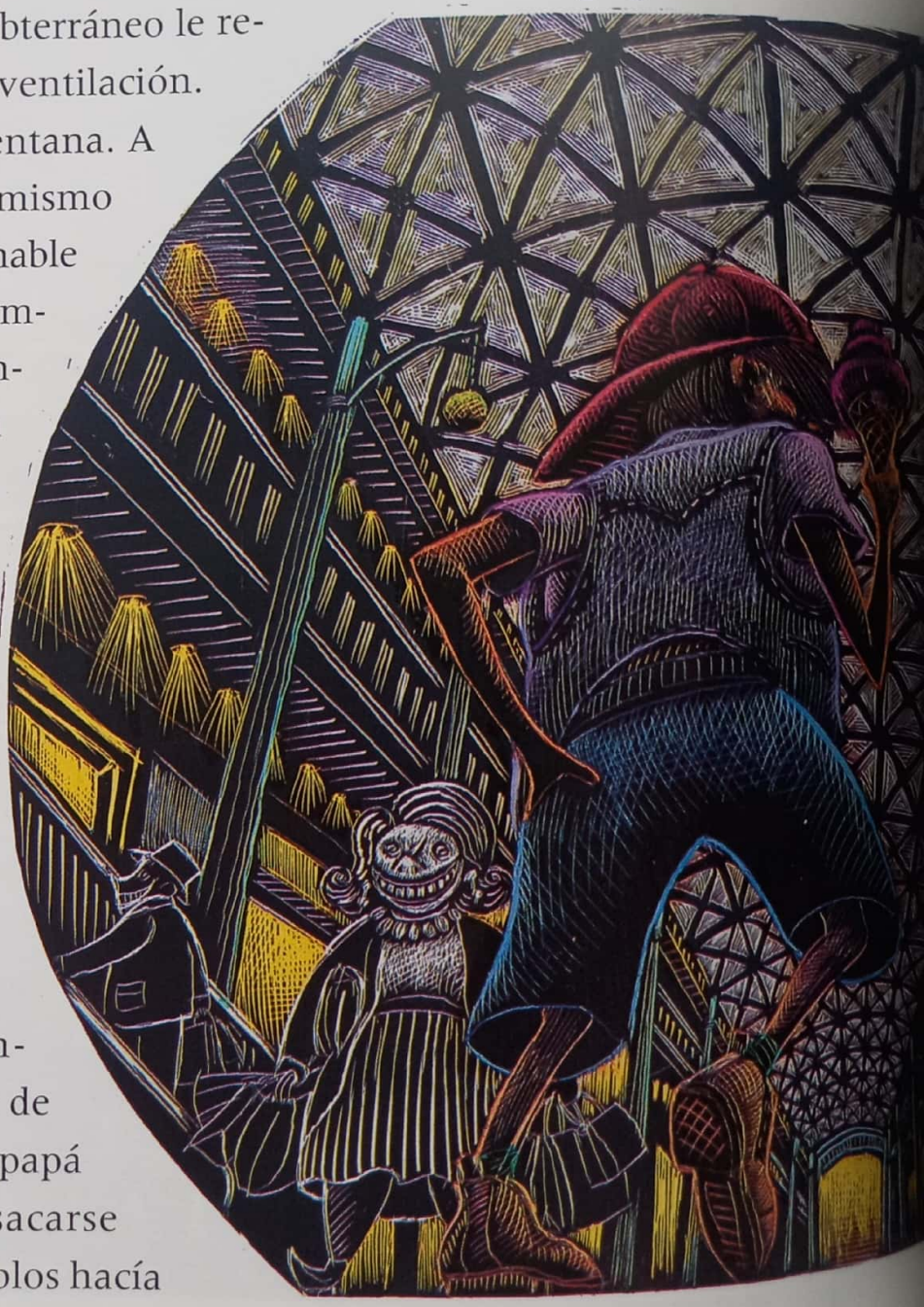
A Lucinda

No te muevas de aquí. Sólo voy a comprar unos zapatos y enseguida vuelvo—. Manolo vio alejarse a su madre por el espejo retrovisor con una mezcla de tristeza y coraje. Nada le gustaba más en el mundo que ir de compras con ella, y sin embargo tenía que esperarla en el coche como un perro sarnoso. Ya iba a entrar a cuarto de primaria, se sabía de memoria todas las capitales de los estados, andaba en bicicleta sin coger el manubrio, pero ella lo seguía tratando como un bebé. Y cuando la señora andaba de prisa, ni siquiera lo dejaba bajarse del coche, porque sabía que en el barullo del centro comercial él se soltaría de su brazo para ver sus tiendas favoritas —especialmente la de artículos deportivos— y ella tendría que corretearlo de aquí para allá, temerosa de perderlo entre la multitud.

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

El estacionamiento subterráneo le repugnaba por su mala ventilación. Tenía calor y abrió la ventana. A izquierda y derecha el mismo paisaje: una fila interminable de coches en batería, columnas numeradas con extinguidores, una tubería descubierta en el techo y las tenues luces de neón prolongándose hasta el infinito. Ni siquiera podía poner el radio, porque estaba cuatro metros bajo tierra y la antena no captaba ninguna estación . ¡Qué fastidio!



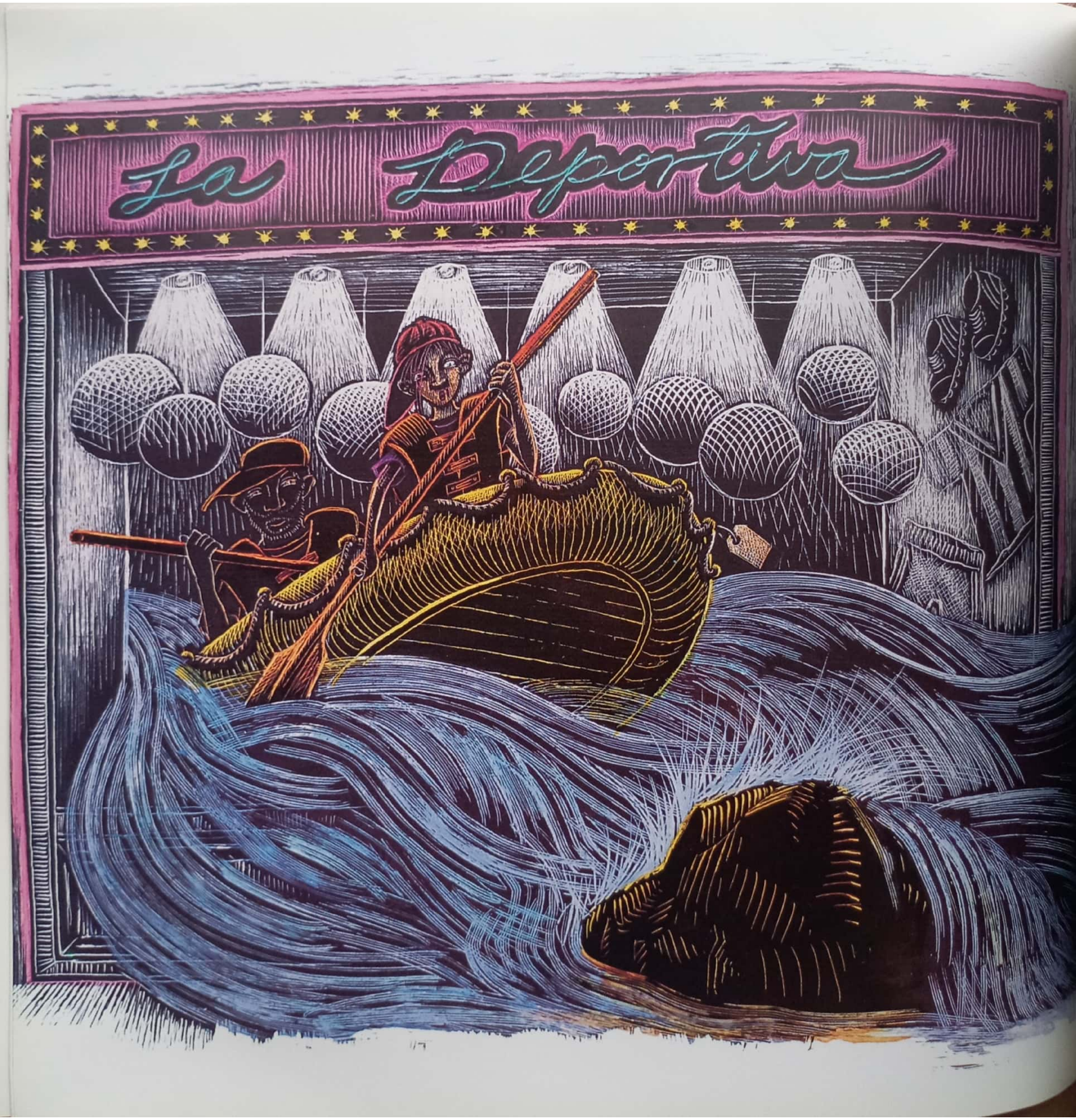
En la bolsa del pantalón encontró el billete de cincuenta pesos que su papá le había regalado por sacarse buenas notas. ¿Qué diablos hacía

Escaneado con CamScanner

encerrado en esa caverna si tenía dinero para divertirse allá arriba? Miró su reloj: eran las 5 y 20. Su madre tardaría cuando menos 15 minutos en elegir sus tacones. Tiempo de sobra para dar una vuelta por el centro comercial y regresar al coche antes que ella terminara de probarse toda la zapatería.

Al bajar del auto dejó el seguro levantado para poder abrir la puerta cuando volviera. Corrió hacia el centro del estacionamiento y tomó el elevador transparente que desembocaba en una plaza donde había restaurantes para todos los gustos. Se detuvo en la nevería y compró su helado favorito: un sundae de yoghurt salpicado con nueces y chispas de chocolate. No tenía tiempo para sentarse a saborearlo. Con el helado escurriéndole por la boca se mezcló entre el gentío de mirones y compradores. Era fácil distinguirlos porque los mirones tenían rostros inexpresivos, mientras los compradores que entraban y salían de las tiendas cargados de bolsas parecían sacudidos por una descarga eléctrica, como si experimentaran un intenso placer.

Escaneado con CamScanner

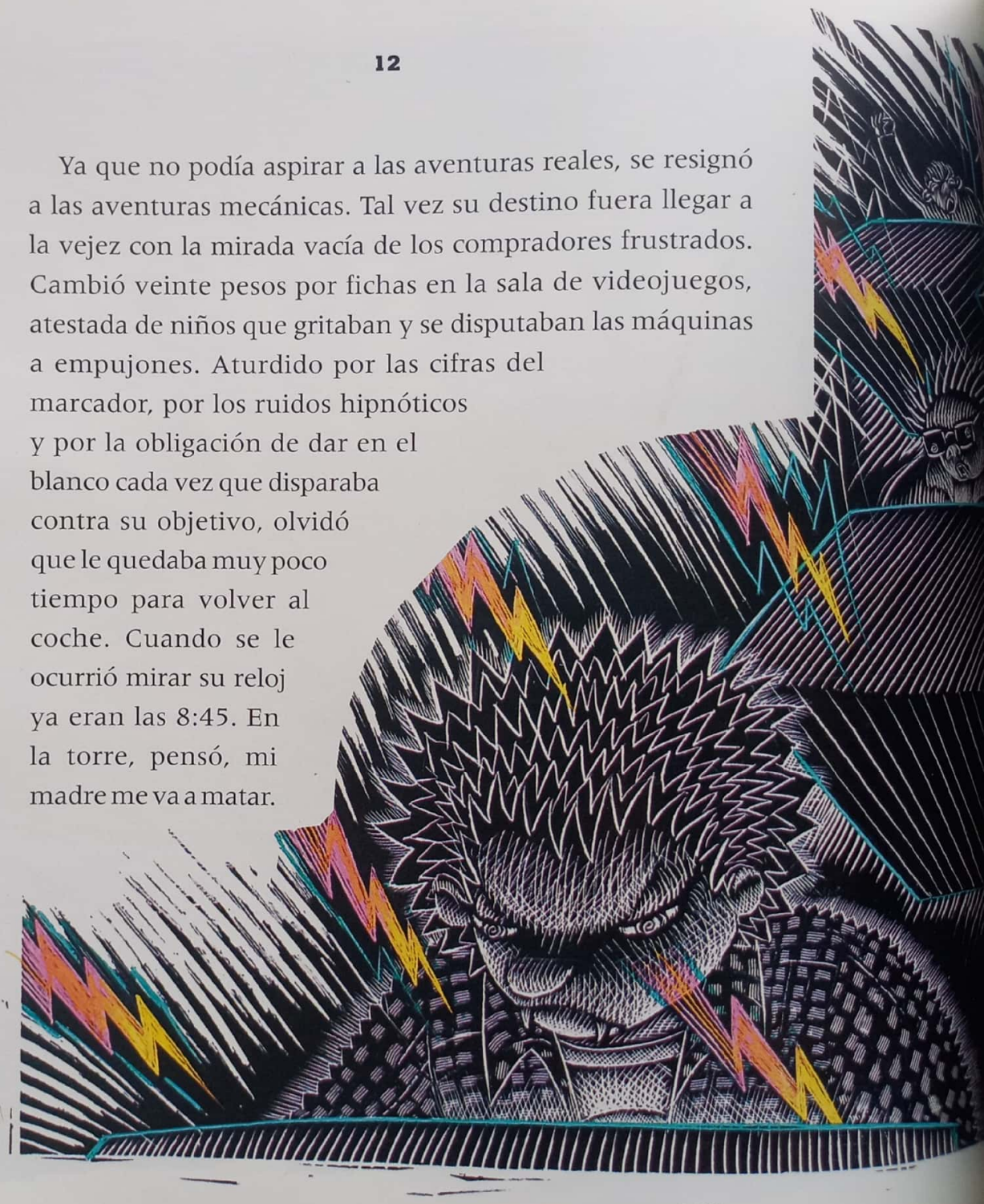


Escaneado con CamScanner

Recorrió un largo pabellón donde había tiendas de alta costura, dio vuelta a la derecha en el conjunto de cines, colándose entre la gente que hacía cola para comprar su boleto, y se detuvo en el magnífico aparador de su tienda favorita, *La Deportiva*, donde había una lancha amarilla de cuatro plazas, como las que competían en el maratón del Río Balsas. Se vio soportando las embestidas de la corriente, enfundado en un flotador anaranjado como los maniquíes del aparador. Su padre sería su copiloto y lo ayudaría con el remo para no estrellarse en las rocas, pero con tal de llegar primero a la meta él haría las maniobras más arriesgadas y daría los saltos más espectaculares. Entró a la tienda y preguntó a un empleado el precio de la lancha: "95 mil pesos, sin contar el equipo de los tripulantes", respondió. Ni ahorrando todos sus domingos durante cien años llegaría a reunir ese dineral. Como siempre, debería aplazar sus sueños para cuando fuera grande, si acaso de grande se hacía millonario.

Escaneado con CamScanner

Ya que no podía aspirar a las aventuras reales, se resignó a las aventuras mecánicas. Tal vez su destino fuera llegar a la vejez con la mirada vacía de los compradores frustrados. Cambió veinte pesos por fichas en la sala de videojuegos, atestada de niños que gritaban y se disputaban las máquinas a empujones. Aturdido por las cifras del marcador, por los ruidos hipnóticos y por la obligación de dar en el blanco cada vez que disparaba contra su objetivo, olvidó que le quedaba muy poco tiempo para volver al coche. Cuando se le ocurrió mirar su reloj ya eran las 8:45. En la torre, pensó, mi madre me va a matar.



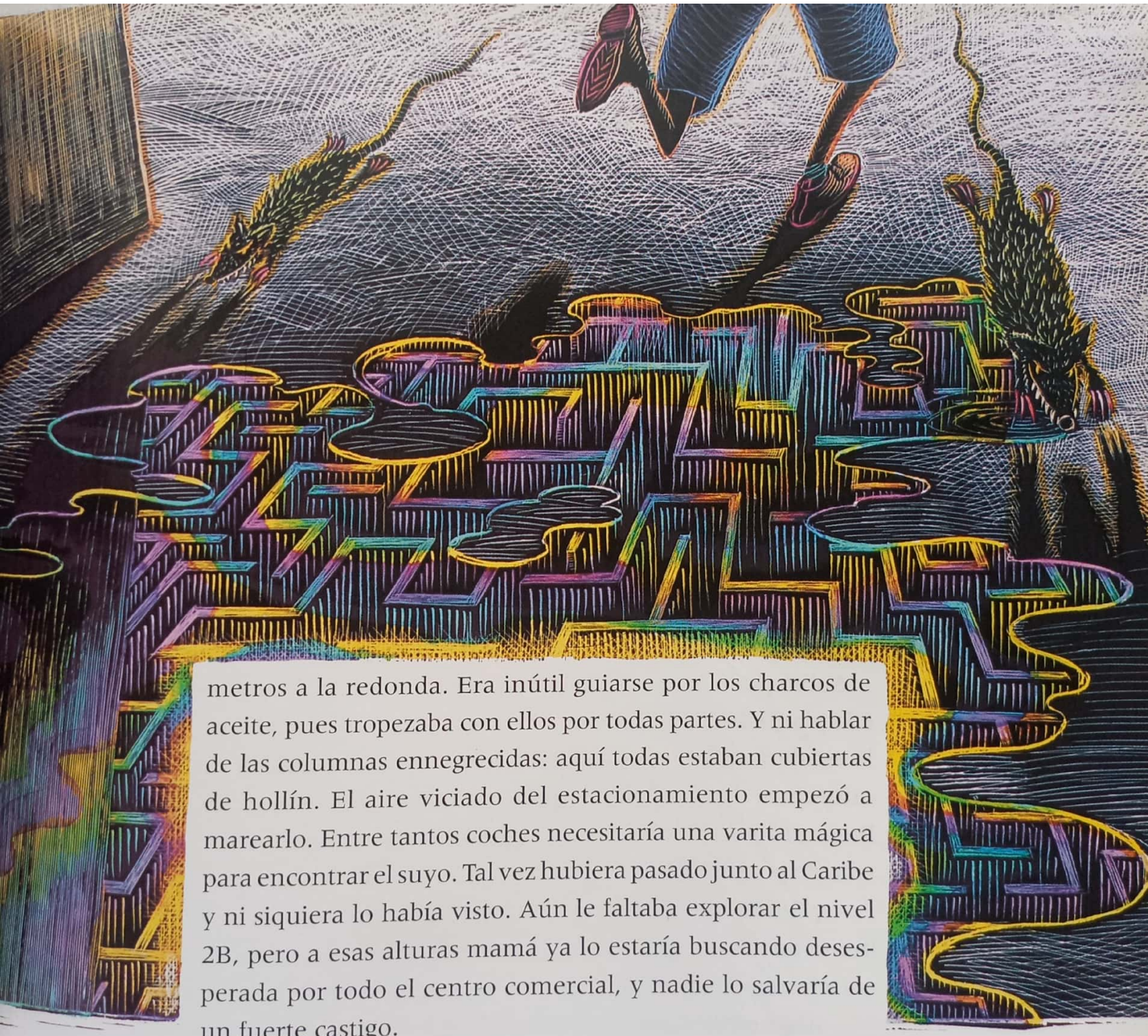
Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Para ganar tiempo bajó al estacionamiento por la escalera eléctrica en vez de tomar el elevador. Confiado en su sentido de la orientación echó a correr hacia el sitio donde creía que estaba su coche, un Caribe azul claro modelo 87, con una abolladura en la puerta izquierda. Según recordaba, su madre lo había dejado cerca de un charco aceitoso, junto a una columna ennegrecida por el humo de los escapes. Pero al llegar a esa zona no halló ningún Caribe. Debía estar cerca de ahí, quizá en la siguiente hilera de coches. Encontró un auto del mismo modelo y del mismo color, que no tenía la puerta golpeada. Tal vez se hubiera equivocado de nivel, pues ya no recordaba cuántas vueltas habían dado al descender por la rampa en espiral. No ganaría nada buscando en el nivel 1B, porque seguramente estaba en el 2A. ¿O quizá en el 2B?

Se decidió por el 2A, una copia en negativo del 1B, pues la mitad de las luces del techo estaban fundidas, lo que dificultaba la búsqueda. Al ver una combi roja creyó tener un punto de referencia, pues recordaba vagamente haber visto una igual cerca del sitio donde estaba su coche, pero tal vez no fuera ésta, porque no había un Caribe en cincuenta

Escaneado con CamScanner

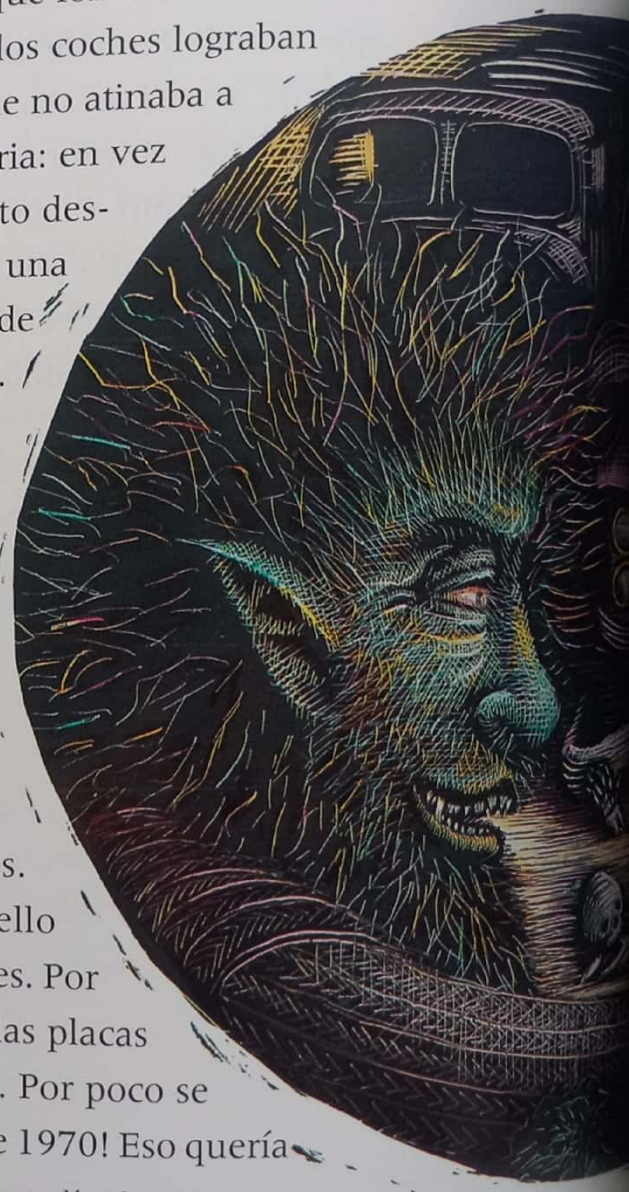


metros a la redonda. Era inútil guiarse por los charcos de aceite, pues tropezaba con ellos por todas partes. Y ni hablar de las columnas ennegrecidas: aquí todas estaban cubiertas de hollín. El aire viciado del estacionamiento empezó a marearlo. Entre tantos coches necesitaría una varita mágica para encontrar el suyo. Tal vez hubiera pasado junto al Caribe y ni siquiera lo había visto. Aún le faltaba explorar el nivel 2B, pero a esas alturas mamá ya lo estaría buscando desesperada por todo el centro comercial, y nadie lo salvaría de un fuerte castigo.

Escaneado con CamScanner

Corrió hacia la rampa de acceso, que forzosamente debía conducirlo a la calle. Pero mientras los coches lograban salir por algún recóndito pasadizo que no atinaba a encontrar, para él no había escapatoria: en vez de ascender por la espiral de concreto descendió hasta el fondo del subterráneo, una catacumba[1] de paredes húmedas donde la instalación eléctrica no funcionaba.

Al parecer ahí dormía el cuidador del estacionamiento, pues había un altar de la Virgen de Guadalupe iluminado con veladoras. Tomó una para no tropezar en la oscuridad. Le sorprendió ver las carrocerías cubiertas por una gruesa capa de polvo. Para abrirse camino tuvo que rasgar una espesa cuadrícula de telarañas. Más que un estacionamiento, aquello parecía un cementerio de automóviles. Por curiosidad iluminó con la veladora las placas de un viejo Plymouth color gris rata. Por poco se va de espaldas al ver la fecha: ¡eran de 1970! Eso quería



1. Catacumba: galería subterránea donde se escondían los cristianos.

Escaneado con CamScanner

decir que llevaba estacionado más de 25 años. Pero ¿dónde estaba su dueño? Con una opresión en el estómago siguió explorando en medio de los viejos automóviles, hasta tropezar con algo parecido a unas tablas. Al bajar la luz descubrió que no eran tablas sino huesos: los huesos de una calavera que conservaba entre las costillas algunos jirones de ropa y apretaba con las falanges una bolsa de Sears.

—¡Auxilio, socorro! —gritó, y salió corriendo hacia la rampa, pero una mano lo jaló bruscamente del suéter.

—¿A dónde vas tan de prisa?

Era un hombre pálido como la cera, con barba de ermitaño y larga melena, que llevaba un traje anticuado y roto. Por las bolsas de los ojos y las arrugas de su rostro le calculó 50 años.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Virgilio. Soy el prisionero más antiguo de este enorme calabozo.

Escaneado con CamScanner

—Ayúdeme a salir de aquí. Yo no hice nada malo.

—Tampoco yo, y aquí me tienes —suspiró el barbón—. Cuando era un joven lleno de ilusiones me gustaba vestir a la última moda. Sentía que la ropa me ayudaba a sobresalir, que me colocaba por encima de los demás. Un día vine a comprarme una corbata de seda, para estrenarla en el cumpleaños de mi novia. Al bajar al estacionamiento no encontré mi coche por ninguna parte.

—¿Pero por qué no ha salido de aquí?

—Para nosotros no hay salida. Parece que alguien nos echó una maldición. Y de nada sirve pedir ayuda, porque nadie nos ve ni nos oye.

Interrumpieron a Virgilio dos señoras que venían discutiendo acaloradamente, una de ellas alta y rubia, la otra baja y de anchas caderas. Tenían el cabello tieso como un estropajo, costras de mugre en la cara, y la piel enrojecida de tanto rascarse las pulgas. Aunque sus vestidos estaban hechos jirones, en otro tiempo debieron haber sido ricas, pues llevaban collares de perlas, relojes de oro y cada una cargaba tres bolsas repletas de mercancías.

Escaneado con CamScanner

—No me vengas con tonterías: mi reloj es mil veces más fino que el tuyo —exclamó la más alta.

—No es cierto, son de la misma marca —respondió la otra.

—Sí, pero el mío es un Cartier auténtico y el tuyo es una imitación de Hong Kong. Al pobre de tu pobre marido no le alcanzó para comprarte uno bueno.

—Pues tendrás muy buen reloj, pero tu coche da lástima. En cambio el mío es un Thunderbird nuevecito.

—¿Y de qué te sirve, si nunca vas a encontrarlo?

Virgilio tomó a Manolo del brazo y lo llevó lejos de las mujeres.

—Vámonos de aquí. No soporto a estas dos arpías —le explicó—. Se pasan la vida discutiendo quién tiene el marido más rico y cuál de las dos ha comprado mejores cosas. Ni la desgracia de estar prisioneras les ha cambiado el carácter. Y lo peor es que me agarran de árbitro en sus discusiones.

Escaneado con CamScanner

—Usted me habló de una maldición —dijo Manolo—. ¿Por qué nos tocó a nosotros?

—No estoy seguro, pero a veces pienso que estamos pagando una culpa, como las almas en pena del purgatorio.

—¿Pero qué culpa?

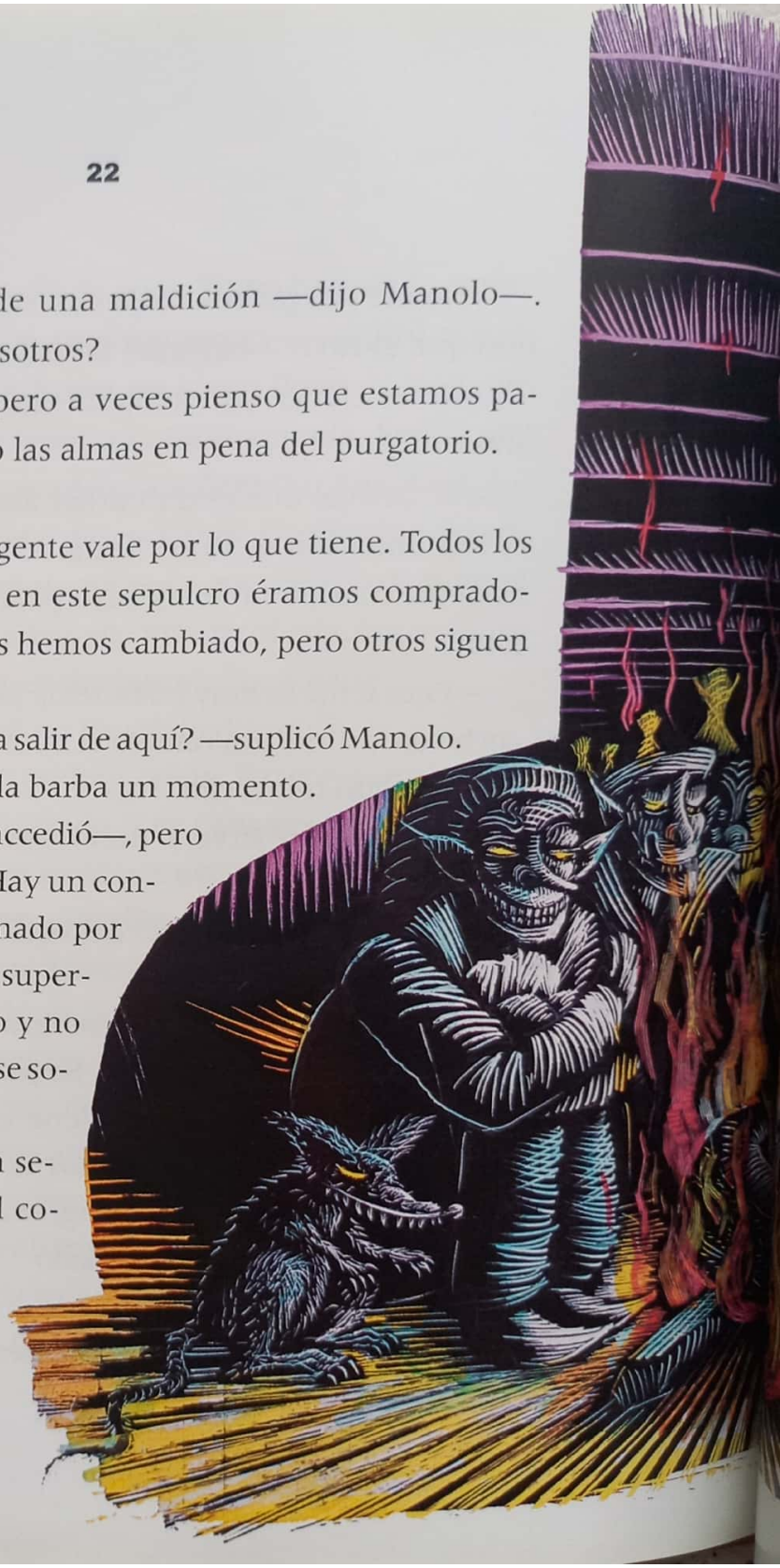
—La de creer que la gente vale por lo que tiene. Todos los que estamos atrapados en este sepulcro éramos compradores avorazados. Algunos hemos cambiado, pero otros siguen igual.

—¿Podría ayudarme a salir de aquí? —suplicó Manolo.

El ermitaño se rascó la barba un momento.

—Voy a intentarlo —accedió—, pero no te prometo nada. —Hay un conducto de aire acondicionado por donde podrías salir a la superficie. Eres muy pequeño y no creo que la maldición pese sobre ti.

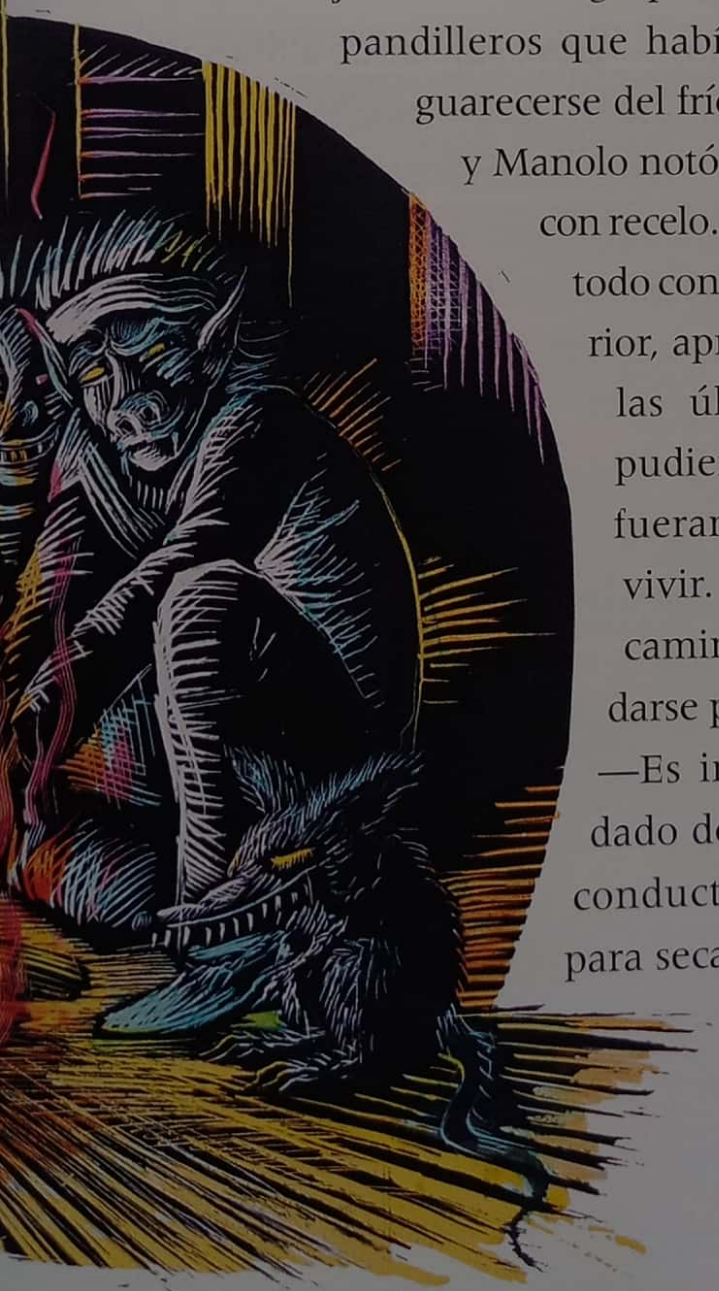
Manolo no estaba tan seguro, pues recordaba el coraje que había hecho al no poder comprar la lancha, pero guardó si-



Escaneado con CamScanner

lencio para no echarse la soga al cuello. Tomó de la mano a su guía, que no necesitaba veladoras para caminar en la oscuridad, pues había desarrollado una vista de murciélago, y lo siguió entre las hileras de automóviles abandonados.

Pasaron junto a varios grupos de jóvenes con facha de pandilleros que habían hecho fogatas para guarecerse del frío. Parecían hambrientos y Manolo notó que algunos lo miraban con recelo. A pesar de haber perdido todo contacto con el mundo exterior, apretaban contra su pecho las últimas mercancías que pudieron comprar, como si fueran su principal razón de vivir. Después de una larga caminata, Virgilio pareció darse por vencido.



—Es inútil —dijo—, he olvidado dónde estaba ese maldito conducto —y sacó un pañuelo para secarse el sudor.

Escaneado con CamScanner

Estaban recargados en un viejo Peugeot cubierto de polvo. Una banda de grandulones armados con cadenas y chacos[2] vino hacia a ellos. Manolo tomó del brazo a su guía en busca de protección, pero Virgilio cambió su expresión bonachona por una sonrisa maligna.

—¡A comer, muchachos! —gritó, sujetando a Manolo por la espalda. Sacó un puñal de su cinturón y le rasgó la playera—. ¿Cómo lo van a querer: asado o crudo?

Secretando saliva como perros famélicos, los pandilleros formaron un círculo alrededor de Manolo.

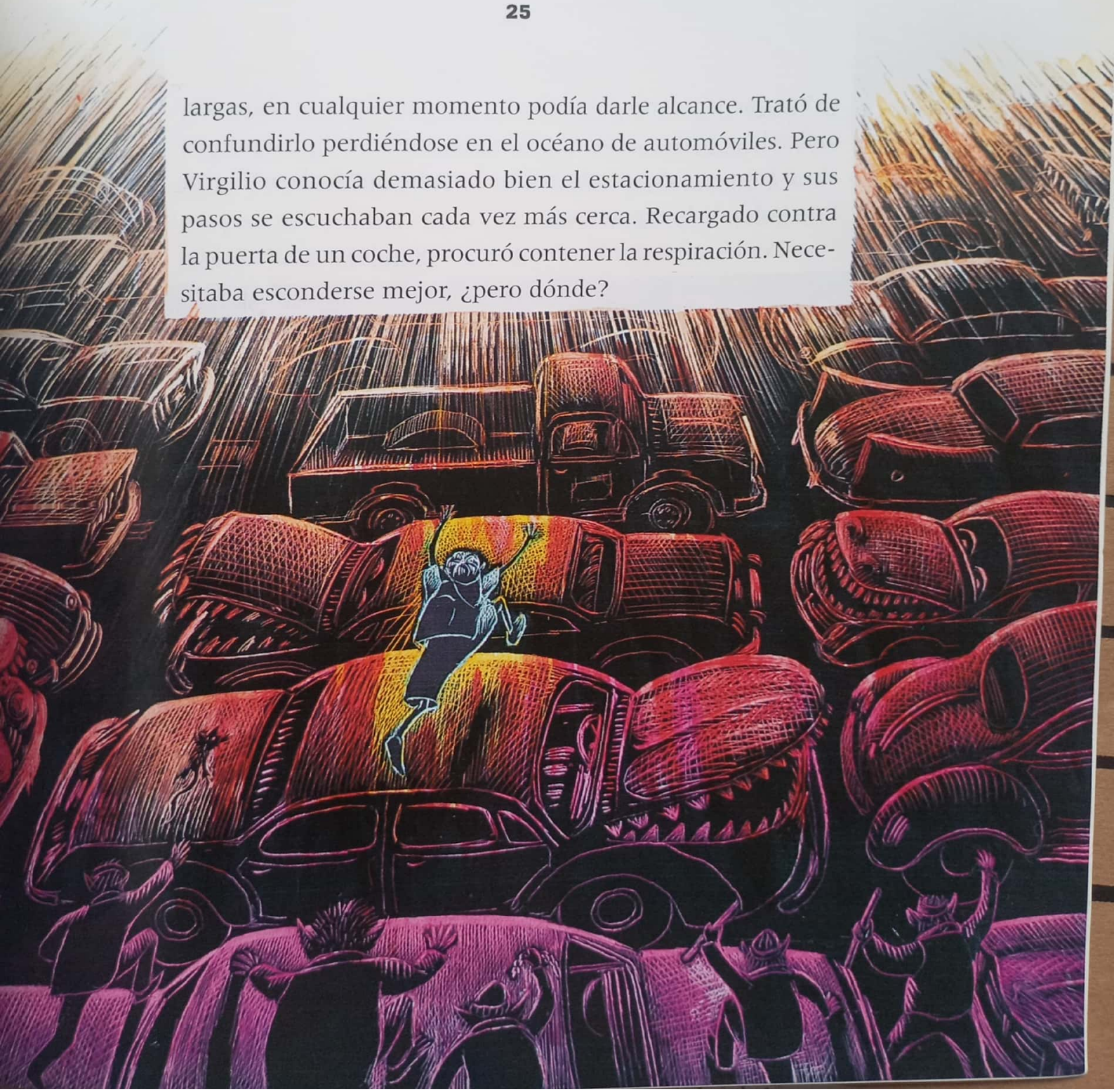
—El muy idiota creía que lo iba a ayudar a salir de aquí —Virgilio sonrió a sus secuaces—. ¿Verdad que es un espléndido bocadillo? Después de tantos años comiendo ratas, hoy nos vamos a dar un banquete.

Obligado a luchar por su vida, Manolo le dio un mordisco en el antebrazo que lo obligó a soltar el puñal. Mientras Virgilio se retorcía de dolor trepó al cofre del Peugeot, y brincando de carro en carro logró escapar momentáneamente de la celada. Con alas en los pies corrió hacia la rampa en espiral, seguido muy de cerca por la jauría de chacales. Ascendió hasta el nivel 1B, creyendo que retrocederían en una zona iluminada. Pero Virgilio iba tras él a la cabeza de su pandilla, gritándole injurias, y como sus zancadas eran más

2. Chacos: dos palos unidos con cadena que se usan como arma.

Escaneado con CamScanner

largas, en cualquier momento podía darle alcance. Trató de confundirlo perdiéndose en el océano de automóviles. Pero Virgilio conocía demasiado bien el estacionamiento y sus pasos se escuchaban cada vez más cerca. Recargado contra la puerta de un coche, procuró contener la respiración. Necesitaba esconderse mejor, ¿pero dónde?



Escaneado con CamScanner

Vio que la puerta del coche no tenía seguro y la abrió con delicadeza para no hacer ruido. En ese mismo instante se abrió la puerta del conductor y su madre entró al coche con una bolsa de la zapatería.

—Perdóname, gordo, me tardé un poquito porque no encontraba unos de mi talla.

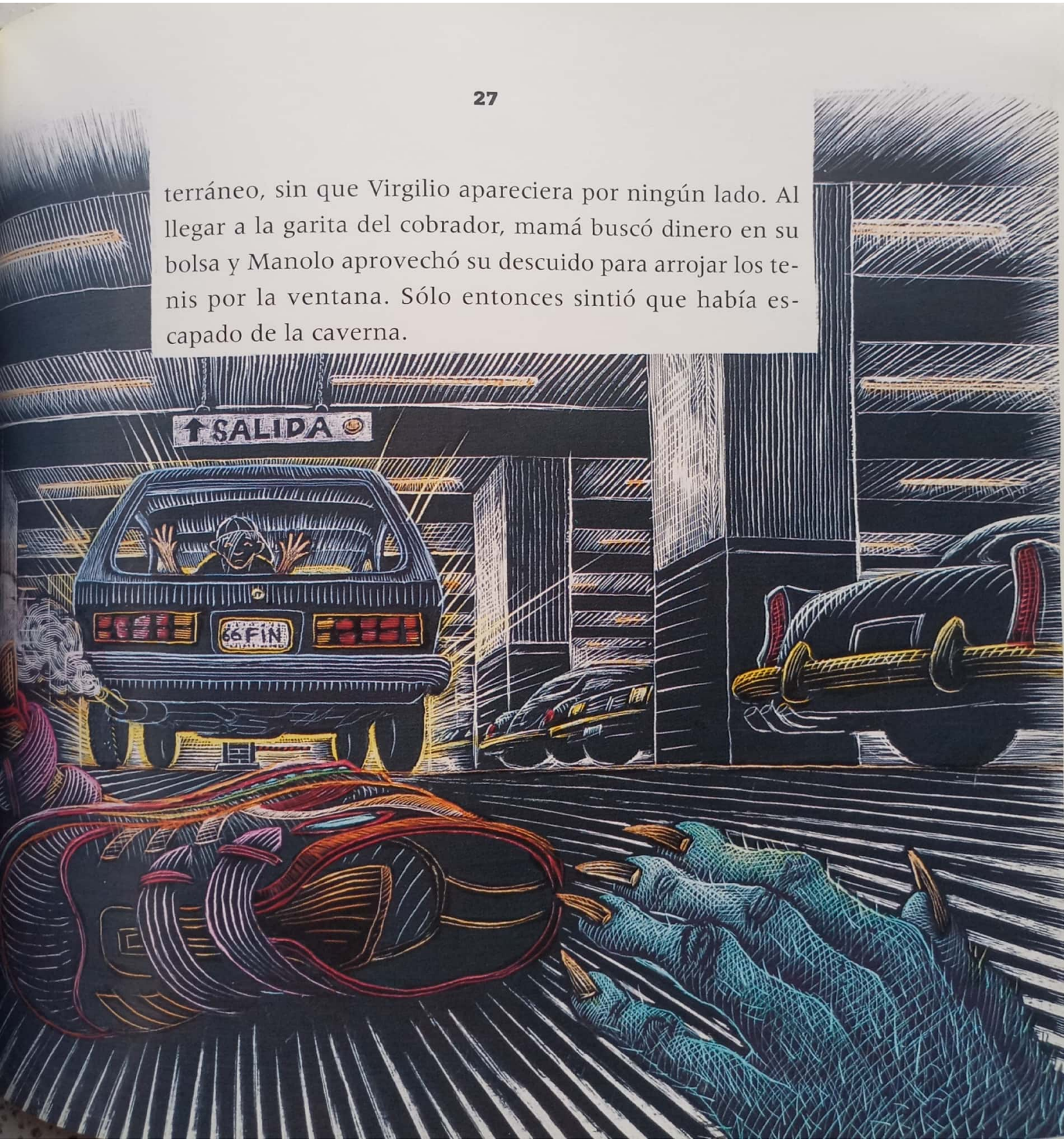
Manolo miró su reloj: apenas eran las 5:45. Miró con asombro el interior del Caribe azul y comprendió que había vivido una aventura fuera del tiempo. Pero había sido real, tan real que tenía rasgado el cuello de su playera.

—Mira lo que te traje, para que ya no sigas dando lata.

De otra bolsa, mamá sacó unos tenis con foquitos en los talones que tenían estampada la efigie de Patrick O'Hara, el superestrella de basquetbol. A Manolo no le gustaba el basquet, ni los tenis con foquitos, pero como todos los compañeros de su colegio llevaban los tenis de O'Hara, se había sentido inferior a ellos por no tener unos. ¡Cuánto le había rogado a mamá que se los comprara! Pero sólo pudo musitar un débil "gracias", pues el pánico le había cerrado la garganta. Temía que Virgilio y su banda estuvieran agazapados detrás de alguna columna, dispuestos a cortarle el cuello. Su madre encendió el Caribe, metió la reversa y se encaminaron hacia la salida del sub-

Escaneado con CamScanner

terráneo, sin que Virgilio apareciera por ningún lado. Al llegar a la garita del cobrador, mamá buscó dinero en su bolsa y Manolo aprovechó su descuido para arrojar los tenis por la ventana. Sólo entonces sintió que había escapado de la caverna.



Escaneado con CamScanner

La caverna encantada
se acabó de imprimir
en el mes de octubre de 2001
en los talleres de Editorial Offset, S.A. de C.V.,
Durazno No. 1, 16010 México, D. F.
El tiraje fue de 3,000 ejemplares.

Escaneado con CamScanner

EnCuento

La colección **EnCuento**

tiene el propósito de poner

al alcance de los niños

la diversidad literaria

del mundo iberoamericano

con obras de grandes escritores.

CIDCLI

Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

ISBN: 968-494-080-7

9 789684 940802

Escaneado con CamScanner